

Indiana en la playa

EL RASTRO DEL 'SPUTNIK'

JACINTO ANTÓN

Me estiré la otra noche en la montaña en el Montseny para presenciar el así llamado gran espectáculo de las estrellas fugaces. Este año se ha quedado corto. Una lluvia de meteoritos de saldo. Y lo peor es que no sabes a quién protestar. Además, me ha picado una escolopendra. Mirar el cielo me gusta y durante años he perseverado en ello. Mi conocimiento del firmamento nocturno tiene un origen pragmático: saber el nombre de las estrellas y su ubicación daba mucho juego con las chicas. Era decirles te enseño las constelaciones y se producía el milagro: dejaban que las llevaras de noche a lugares donde ni en broma hubieran querido ir contigo con cualquier otro propósito explícito menos astronómico. Sin embargo, cuando la cuarta amiga se quedó dormida a mi lado, roncando suavemente, mientras yo me enfrascaba a lo Pascal en la turbadora contemplación de los espacios infinitos y monologaba sobre el violento brillo rojo de Antares o el arrebataador refulgir verde esmeralda de Kiffa Boreal, comprendí que mi planteamiento era erróneo: lo que me gustaba de verdad era observar lo de arriba, lo del cielo quiero decir. A ver, no es que no me gustaran las chicas, me gustaban, pero entre una chica y Betelgeuse, psé, me daba más Betelgeuse, al menos en aquella época tan reprimida.

Para ellas ha sido también mejor porque se han casado todas indefectiblemente con hombres muchísimo más serios y de provecho, empresarios, ingenieros o abogados. Yo he seguido mirando a las estrellas y así me ha ido. Es mi sino, no en balde nació el 4 de octubre de 1957, el día que, perdonen la inmodestia, comenzó oficialmente la conquista del espacio: el día del *Sputnik*. Eso ha de marcar, claro. Este verano de conmemoración lunar la gente no se acuerda, pero lo del *Sputnik* sí fue un espectáculo. Y no lo digo porque sienta la natural afinidad con ese pequeño ingenio, Iskustvenniy Sputnik Zemli (satélite artificial de la Tierra), sino porque no hubo en el planeta quien no alzara la cabeza para avizorar con asombro (y muchos con miedo) el paso de aquella maravilla que decía bip, bip, bip. He leído (*Red moon rising*, de Matthew Brzezinski), que tras la hazaña que dejó perplejo y rabioso al propio Von Braun estaba un tipo muy especial, Sergei Pavlovich Korolev, que tenía pasión por los aviadores desde que vio volar a Utochkin y se pasó la juventud mirando al cielo. Acabó creando un astro. Entiendo que hay en ello alguna moraleja y aunque no caigan las estrellas yo seguiré con la mirada puesta en lo alto, escudriñando prodigios y recordando cada noche el imborrable rastro del *Sputnik*.



El grupo Vetusta Morla, durante su actuación el pasado viernes. / JACOBO R.

Pop, morcilla y vino para modernos

La energía del grupo 'indie' Vetusta Morla triunfa en el festival Sonorama

JAVIER HERAS
Aranda de Duero

Las historias de Vetusta Morla y del Sonorama guardan bastantes similitudes. Ambos han tardado años en triunfar, y lo han hecho poco a poco, a base de trabajo y de boca a oreja. El año pasado, la banda madrileña tocaba a mediodía, en una plaza fuera del recinto, para pocos cientos de personas. Este viernes, pasada la medianoche, se convirtieron en las estrellas del festival de Aranda de Duero. Actuaron para unos 6.000 espectadores. Muchos más, y mucho más involucrados, que en el concierto de la pretendida cabeza de cartel, la escocesa Amy MacDonald.

Mediodía del sábado. Mientras cientos de festivaleros se refrescan en la piscina, una pandilla con ganas de fiesta se arranca a cantar una melodía pegadiza. Sin letra. A ese modo tan español ("lo, lo, lo") que lo mismo sirve para el himno nacional que para el riff de *Born to run*, de Bruce Springsteen. En este caso, lo que la gente tararea es el final de *Shabbey road*, de Vetusta Morla. Pocos momentos pueden resumir mejor el ascenso de la banda. La pegadiza melodía ha sido la más repetida en las colas, en el camping, en los tiempos muertos. Sólo le ha ido a la zaga, en popularidad, el inconfundible *Hu-ha* del DJ Chimo Bayo, que pinchó el viernes y resucitó nostalgia por el *bakalao*.

Todo queda, pues, en la tierra. El Sonorama siempre se ha caracterizado por eso, desde que el 25 de julio de 1998, cuando una pequeña localidad de Burgos de apenas 30.000 habitantes, se prepara

para la "invasión de los modernos", en palabras de Javier Ajenjo, director del festival. La iniciativa surgió de una asociación cultural, Art de Troya. Su mayor dificultad, pero a la vez su mayor ventaja, es la ausencia de afán de lucro, a diferencia de algunas empresas del ladrillo que organizaron festivales en la época de la burbuja inmobiliaria. "Tardamos diez años en pagar la primera edición, perdimos 18.000 euros". Lo pasaron mal. Pero confiaban en lo que hacían: promocionar una identidad, la arandina. El lechazo, el vino y la morcilla para jóvenes con camisetas de cuadros, sombreros y gafas de pasta.

Ángela y David, que llevan cinco años viniendo, creen que el ambiente es lo que merece la pena. Más que los grupos, "casi los mismos que en otros festivales como el Contempopranea, e incluso que el propio Sonorama del año pasado", les atrae "la convivencia con los lugareños". La relación con el pueblo es inseparable: los conciertos en las plazas, las bandas locales que amenizan los interludios o los voluntarios de Art de Troya, que no cobran un duro por su trabajo. Si lo hicieran, el presupuesto (700.000 euros) superaría de lejos el millón de euros. En la calle hay mucha juerga. "Es una simbiosis entre el público, los artistas, los organizadores...", confiesa Ajenjo.

Las bodegas de Aranda de Duero ofrecen gratis durante toda una mañana vasos de vino con pinchos de chorizo y morcilla. Nadie se lo pierde, por nada del mundo. También hay catas de vino, de las que disfrutaban unas 300 personas, en turnos de 50.

El Sonorama defiende lo de

aquí. De los 49 grupos que participan en esta edición, la más nutrida de su historia, la mayoría son españoles. Algunos nombres: Dorian, Catpeople, We are standard, Christina Rosenvinge, Manos de topo, Nacho Vegas. Casi toda la escena *indie* española. Aunque también Kiko Veneno, que el jueves encandiló con un repaso a su *Échate un cantecito*.

Por ponerle un pero a lo cierto, el sonido de los conciertos fue desigual, probablemente por la falta de tiempo para las pruebas. Y algunas actuaciones se so-

Las bodegas de Aranda de Duero dan gratis vasos de Ribera con chorizo

El certamen, como la banda madrileña, ha crecido poco a poco, con trabajo

laparon. "Sin llegar a ser como el Primavera Sound, es una pena perderse a grupos pequeños y muy interesantes como Mi pequeña radio, que tocaron a la vez que Nacho Vegas", señala Diego, asiduo del Sonorama.

Muchos destacan la relación calidad / precio (el abono para dos días, aunque más caro que en otras ediciones, ronda los 70 euros), con el jueves gratuito. Y la tranquilidad general. "Los sol y sombra, los puros, las cañas compartidas", señala Carlos, uno de los más asiduos. Ramón y Raúl,

dos jóvenes arandinos que también van al ViñaRock o al Festival de jazz de San Sebastián, consideran que "lo más importante es que el Sonorama se quede como está; que no se masifique, que no se convierta en un FIB".

La relación con Vetusta Morla marca una de esas diferencias. Ellos son protagonistas, aunque actúan como si no. Tocan sin un atisbo de autosuficiencia, de conformismo. Son pura energía. Es cierto que emplearon sin pudor recursos algo populistas aunque efectivos, como beber de una botella de vino Ribera del Duero, o recordar tiempos pasados y agradecer a los presentes.

Antes de su irrupción, algunos se preguntaban si Amy MacDonald era aquella chica rubia con vestido de lentejuelas. "Pero ¿ésta no era morena?". Lo que no engañaba era su propuesta: pop agradable y pegadizo, aunque algo agotador; demasiadas de sus canciones se parecen a su gran éxito, *This is the life*, estribillo que la va a perseguir bastante tiempo.

En cambio, cuando sonó *Copenhague*, de la banda madrileña, las barras de cervezas estaban casi desiertas. Todos se concentraban en el concierto. Al terminar, Pucho, el cantante, no puede disimular la sonrisa. Se la ha ganado. Como los premios de la música independiente.

Vetusta Morla, con el permiso de los británicos James, que sonaron anoche, han sido la estrella de esta edición. "Se ha cerrado un círculo: un grupo pequeño y un festival pequeño han demostrado que se puede lograr si se cree en lo que se hace", destaca Ajenjo.